

CULTURA CLÁSICA 2º ESO. LECTURA OBLIGATORIA. HOMERO. ODISEA**PRIMERA LECTURA****INTRODUCCIÓN**

Tras conquistar y destruir Troya, los griegos tuvieron que volver a su tierra. Entre ellos, Odiseo, el más inteligente y astuto de todos los héroes griegos. No lo tuvo fácil, pues él y sus hombres se vieron envueltos en muchas aventuras hasta que consiguió llegar a su patria, la isla de Ítaca, de donde era rey. Diez años tardó en llegar a Ítaca después de acabada la guerra de Troya.

Después de una enorme tempestad, los griegos llegaron al reino de los feacios, en la isla de Esqueria, sobre los que mandaba el rey Alcínoo, quien acogió a Odiseo y a los suyos en su palacio. Allí el rey pide a Odiseo que le relate sus aventuras y Odiseo se las va relatando.

Aventura con los Cíclopes. Homero. *Odisea*, IX, vv. 105 y ss.

Desde el país de los lotófagos continuamos tristes la navegación y llegamos a la tierra de los Cíclopes, seres soberbios y sin ley. Estos confían en los dioses inmortales y no plantan árboles ni labran los campos, sino que todo lo que precisan –trigo, cebada y vides– les nace sin semilla, y la lluvia enviada por Zeus hace que todo crezca. Tampoco tienen asambleas donde reunirse ni leyes: viven las cumbres de los montes dentro de cuevas; cada uno manda sobre sus hijos y sus mujeres, y unos no se entrometen en los asuntos de los otros.

Delante del puerto hay una pequeña isla despoblada en cuyos bosques vive una gran cantidad de cabras monteses. Nadie vive ni caza en ella. No hay en ella ni rebaños de ovejas ni tierras de labor, sino que el terreno está siempre sin sembrar. Los Cíclopes no tienen naves ni poseen artífices que las construyan, porque desconocen el comercio; de haber tenido naves, la isla habría estado muy poblada, pues es buena para el cultivo, porque posee prados y una tierra excelente para la vid, y en su parte inferior es llana y allí podrían cosecharse cereales por tener un suelo muy fértil.

Esta isla posee un puerto muy cómodo y seguro donde no hacen falta ni anclas ni amarras. En lo alto del puerto mana una fuente de agua cristalina debajo de una cueva a cuyo alrededor han crecido álamos. Allí nos llevaron las naves y algún dios debió de guiarnos aquella noche, pues nada distinguíamos porque la niebla era cerrada y la luna, cubierta por las nubes, no brillaba en el cielo. De forma que nadie vio la isla hasta que nuestras naves tocaron tierra. Entonces recogimos las velas y saltamos a la orilla; ya en tierra, dormimos hasta que amaneció.

Cuando se hizo de día, recorrimos la isla muy admirados y, con ayuda de los dioses, pudimos cazar algunas cabras para comer, sirviéndonos de arcos y flechas. Doce eran las naves que me seguían y a cada una le correspondieron nueve cabras. El resto del día, hasta la puesta de sol, estuvimos descansando, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino que traíamos en las naves.

Mientras tanto, contemplábamos la cercana tierra de los cíclopes y divisábamos el humo y oíamos las voces que daban y los balidos de sus ovejas y sus cabras. Cuando el sol se puso, nos acostamos a la orilla del mar. Con el nuevo amanecer, reuní a mis compañeros y les dije:

—Quedaos aquí, mis fieles amigos, y yo con mi nave y mis compañeros iré allá y procuraré averiguar qué hombres son aquéllos; si son violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de los dioses.

Mis compañeros y yo embarcamos y desatamos las amarras, comenzando a batir con los remos el agua del mar. Y en cuanto llegamos a la tierra de los Cíclopes, descubrimos que, casi tocando el mar, había una gruta a la que daban sombra algunos laureles; en ella reposaban muchos rebaños de ovejas y de cabras; en torno a la gruta había una cerca levantada con piedras, grandes pinos y encinas de alta copa.

Allí habitaba un ser gigantesco y solitario, que se dedicaba a pastorear rebaños de otros sin tener contacto con nadie; y, apartado de todos, ocupaba su tiempo en cosas terribles. Era un monstruo horrible y en nada se parecía los hombres que viven de pan. Entonces ordené a mis fieles compañeros que se quedasen a guardar la nave. Yo escogí a los doce mejores y juntos nos adentramos en aquella tierra provistos de un pellejo de cabra lleno de vino, además de variadas viandas en un zurrón, pues yo temía que habríamos de encontrarnos con un hombre dotado de extraordinaria fuerza, salvaje e ignorante de la justicia y de las leyes.

Pronto llegamos a la gruta, pero no dimos con él, porque estaba apacentando las ovejas. Entramos en ella y nos pusimos a contemplar admirados todo cuanto había dentro: canastos llenos de quesos, los establos estaban llenos de corderillos y cabritos, además de las vasijas, tarros y barreños que utilizaba para ordeñar. Mis compañeros empezaron a suplicarme que cogiéramos algunos quesos y nos fuéramos y que luego, sacando los cabritos y los corderos, los metiéramos en nuestra nave y nos pusiéramos en marcha.

Pero aunque habría sido mejor seguir su consejo, yo me negué, pues quería ver al dueño y saber si era o no hospitalario. De modo que encendimos fuego, ofrecimos un sacrificio a los dioses, comimos queso y nos dispusimos a esperarlo sentados en la gruta, hasta que volvió con el ganado. Traía una gran carga de leña seca para preparar su comida. Descargó la leña en la cueva con tal estruendo que nosotros, atemorizados, nos refugiamos rápidamente en lo más profundo de la misma. Luego metió todas las ovejas que tenía que ordeñar. Después cerró la puerta con una gran y pesada roca, que movió a pulso y que no hubiesen podido levantar ni veintidós carros de cuatro ruedas. Tan enorme era el peñasco que colocó a la entrada.

Enseguida se sentó y ordeñó las ovejas y las cabras. De la leche ordeñada, reservó una parte para hacer quesos y el resto se lo sirvió en unos vasos a modo de cena. Después de este trabajo, encendió fuego y, entonces, nos sorprendió y nos preguntó del siguiente modo:

—¡Forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde habéis llegado navegando? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar como los piratas que navegan sin rumbo, exponiendo la vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras?

Así habló. Y a pesar del temor que nos produjo su voz grave y su aspecto monstruoso, le respondí de esta manera: